Mascarpone y el Ruso

João-Clóvis Bruselas

Capítulo 1

Mascarpone conoció al Ruso una tarde en una plaza de toros mientras hacía la cola para comprar la entrada al cine, iría a ver Eterno Resplandor de una Mente sin Recuerdos, él se colocó detrás de ella en la fila y hablaba por teléfono con alguien que parecía que no iba a llegar a la hora de la función, por lo que decidieron verse después de que terminara la película ya que él no iba a esperar y deambular por el centro comercial dos horas hasta que llegara la persona que esperaba. Luego de cortar se acercó y le preguntó si sabía si la función era puntual, ella se petrificó ante la pregunta y ante el olor a chocolate que emanaban los pétalos de rosas que salían de su boca, él se disculpó mientras alejaba los pétalos con su mano derecha. Ella sonrió y le ofreció una bolsa de papel para que los guardara allí todo el tiempo que durara la función, luego calmó su ansiedad diciéndole que la película comenzaba después de unos avances en los que se veían trailers de otros filmes y publicidades sobre cosas innecesarias que fluirían sin cesar hasta que uno de los patos, que eran espectadores con muy poca paciencia, explotara pidiendo el comienzo de la misma, recién allí saldrían los actores a escena y, si tenían suerte, quizás la película estaría representada por los mismos actores que figuran en la cartelera, a veces solía pasar que varios grupos de teatros tomaban los cines y hacían representaciones locales de los mismos pero en versión teatro, cosa que estaba prohibida desde el golpe del 55. Ya había sucedido, en épocas anteriores, que las fuerzas de seguridad tomaron las instalaciones y balearon y gasearon todas las salas, se recuerda, sobre todo, la catástrofe del 97 en la que murieron doscientas veintitrés personas, muchas ahogadas, que habían asistido a ver el celebre filme Titanic, el caos fue tal que hubo que buscar cadáveres río abajo porque la crecida del mismo, creado por el grupo de teatro, superó los limites normales de toda la historia e inundó la ciudad. La buena noticia era que la obra homónima recibió el premio estrella de mar al mejor espectáculo teatral, los actores y actrices también recibieron mios a las mejores interpretaciones pero no se les fueron entregado porque en ese momento aún no habían encontrado sus cuerpos, aparecieron semanas después en Río de Janeiro, donde la obra arrasó con todos los premios y la crítica durante cinco temporadas.

El Ruso, así se presentó ante Mascarpone, que se quedó pensativa porque el color de piel oscura no daba ningún indicio que hiciera sospechar ese sobrenombre, se sintió nervioso ante los acontecimientos que le acababa de narrar. Quiso explayarse haciendo preguntas sobre la película que irían a ver, la temática o los peligros que atravesarían si algún grupo actoral tomara el espectáculo por los cuernos, pero Mascarpone se encogió de hombros mientras le respondía que no tenía ni puta idea.

Un grupo de policías acordonó la fila, que avanzaba lentamente, mientras otros pedían documentos a los futuros plateístas. Mascarpone les gritó

algo que los uniformados ignoraron, uno de ellos la miró con ojos tímidos que le decían que sólo cumplía ordenes, otro con una mirada similar le ordenó que se callara. Un espectador fue sacado a la fuerza de la fila porque contaba con un colador de metal que quería introducirlo a la función como utilería de la obra, de los bolsillos de una mujer secuestraron papel picado que presuntamente sería utilizado para simular nieve, otros dos fueron separados ya que los delataba el maquillaje de payaso que tenían sobre sus caras.

Mascarpone se dio cuenta que los arrestados eran un señuelo para engañar a la policía, de repente de una sala alejada salieron corriendo miles de espectadores aterrados porque allí se estaba representando una obra de teatro y no una proyección, la policía corrió hasta esa sala y comenzó a tirar balas de goma y gases lacrimógenos sin medir preocupación por si los damnificados eran simples espectadores o viles actores de teatro. Una avalancha de personas comenzó a saquear las instalaciones, muchos corrían comiendo pochoclos, hamburguesas a medio cocer o papas fritas húmedas olvidadas en las mesas, otros atracaban directamente las cajas registradoras en búsqueda de dinero, los empleados dolescentes, que estaban a cargo de las instalaciones se sumaron a la estampida por miedo a morir si se quedaban parados con cara de cordero degollado. La policía, al sentir que las miles de personas se le venían encima, cambió las balas de goma de sus armas por otras de metal, las bajas fueron incontables y el congreso suspendió inmediatamente el cine en todo el país del mismo modo que había prohibido el teatro y la literatura, dicen las viejas chismosas que durante esas épocas los amantes de la literatura, que eran millones, huyeron al exterior, a países como Cataluña, en búsqueda de milagros como “Por Quien Doblan las Campanas” o cualquier título de Coelho que le dieran esperanzas en esos tiempos difíciles.

Mascarpone y el Ruso se escondieron en una de las salas y desde allí dirigieron la represalia de la policía con radio transmisores que tenían escondidos en los bolsillos, por un auricular recibían información de sus lideres mundiales que le decían lo que debían hacer. En poco tiempo la raza humana estaría acabada, llevada de vuelta al mundo de las cavernas y a la vida de la recolección de basura mientras su población se reducía día a día. Una vez terminado el operativo Mascarpone y el Ruso se arrancaron las pieles que ocultaban sus formas reptilianas e hicieron el amor entre las butacas de la sala que aún permanecían caliente por el aplauso de algún espectador melancólico. Afuera las bombas explotaban y las personas morían, los humanos habían perdido la Tierra para siempre, comprendiendo por primera vez que el enemigo no era de su especie sino que estaban camuflados como tales bajo las formas de políticos con poderes.